

Discurso

presentado por

Juan de Dios Simancas Garcia

para optar al

título de

Doctor en Medicina y Cirujía

---



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5316697809

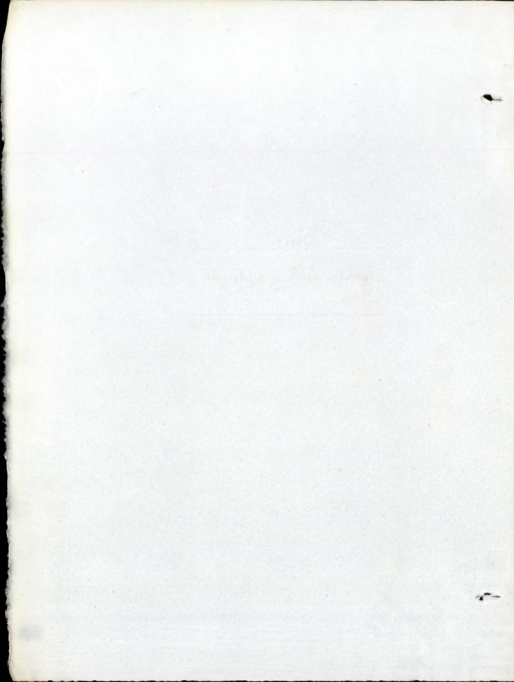
6 18608498

*Visis*

---

*Muato real y oporante*

---



Excmo. Sr.:

Antes de entrar en materia, permítidme, haga constar, que es para mi un acto hasta temerario, el ocuparme del estudio de la "Muerte real y aparente", punto sobre el cual, tanta luz han derramado esclarecidos ingenios, al lado de los cuales yo no haré otra cosa, que exponer lo que de ellos he aprendido, recopilar los datos que hasta el día he ido adquiriendo, juzgarlos con mi escasísimo criterio y por último someterlos á vuestro fallo. Ya comprenderéis que mi único móvil es el de proporcionar un bien, por lo cual, creo ser indulgentes con el que hoy tiene el honor

de dirigires la palabra, esperando encontrar en sus-  
tas acertadas objeciones, la luz que mis pobres facultades  
no han sabido encontrar, mi memoria retener, ni mi  
pluma, describir.

En necesidad de que hagamos una excursion al  
terreno de la filosofia, se comprende que desde el  
momento en que por una causa cualquiera, nues-  
tros principales organos se alteran de tal modo,  
en su textura, o funcionalidad, que ni los esfuerzos  
de la naturaleza, ni los recursos terapeuticos son ca-  
paces de devolverles su integridad, o faltan algunas  
de las condiciones esenciales a favor de las cuales  
nuestro organismo se exterioriza; la vida se hace insos-  
tenible, y el individuo muere, quedando desde en-

tenas sometidos a las leyes generales que rigen a la  
materia. En vano se esforzaria, nuestro brazo en co-  
municar su fuerza giratoria, a un número determi-  
nado de ruedas dentadas, si entre aquellas no exis-  
tiera la suficiente aproximacion para que sus es-  
cotaduras y dentellones engranaran de un modo  
reciproco; pues bien, esto mismo que acabo de decir,  
sucede en nuestra economia, en la cual, existiendo  
una fuerza superior, llega un momento en el que  
los organos que la constituyen, no se encuentran  
en condiciones de exteriorizarla por no subsistir la  
armonia, indispensable y el estado de vida u estu-  
que, para ser reemplazado por otro completamente  
opuesto, el de la evolucion total y absoluta de

las funciones a cuyo estado llamamos desde  
hace tiempo, muerte real.

Expuesta ya la acepcion que damos a esas pa-  
labras, vamos que entenderemos por muerte aparente,  
distinguiendola del estado que antes hemos mencio-  
nado. Podemos decir que es una situacion anor-  
mal de nuestra economia, en virtud de la cual  
se nos presenta el sujeto que examinamos, con  
todos los signos exteriores o visibles de la muerte  
real, sin que nos sea dado distinguirla de esta,  
si no en virtud de la aparicion de fenomenos que  
han de suceder mas adelante, para lo cual ten-  
mos que esperar, o bien a favor de un reconocimien-  
to detenido y minucioso, por medio del cual nos



5  
creceramos si faltan algunos de los caracteres que dan certeza a nuestra pronuncion.

De lo que acabo de decir, se desprende, que nuestro trabajo en las circunstancias actuales no es ni mas ni menos que el que llevamos a cabo, al establecer el diagnóstico de una enfermedad, es decir, que recogimos por medio de nuestros sentidos previamente educados, los signos que nos manifiesta el cadaver del sujeto, signos que nos pueden ser suministrados directamente o bien auxiliándonos de instrumentos apropiados que nos los hagan mas ostensibles, y en este caso la razon los valora, resultando del cotejo que en ella se establece, el establecimiento de un ju-

7

no me entiendo sobre uno de los dos estados que  
dejamos ya definidos

Todas las cuestiones que dentro de nuestra cien-  
cia se agitan, nacen, en un principio, de la gene-  
ralidad que sacamos de interés, pero cuando des-  
graciadamente tocamos los funestos resultados que  
se obtiene tras un juízo de sí, intuitivamente el  
hombre ávido de proporcionar el bien a sus se-  
mejantes, se apresura a poner de nuevo la cues-  
tion sobre el tapete. Solo el enunciado de la  
question que hoy trato, es suficiente para ga-  
rantir su importancia, pero si esto no fuera su-  
ficiente, pensamos en que su tendencia es evitar  
se lleven a cabo inhumanidades, incurraciones

5  
y antepasados, en aquellos siglos que aun no han  
dejado de existir; y se ve cuan elevada es su mi-  
sion, cuan importante su estudio y cuantos y fun-  
dados temores aleja del sueño de la familia, que  
no podria ver si no con ojos de espanto, la  
repeticion en nuestros dias, de los horrorosos y  
dignos de castigo casos, que la historia, sobre este  
punto, registra en sus anales.

Una vez llegados a este punto, discurremos so-  
bre cuales hayan sido los motivos de error en  
tiempos pasados y cuales en la época por que  
atravesamos, por ello deducimos, que desde prin-  
cipio los casos de inhumanidades en vida eran  
mas frecuentes, se debia a que la ciencia, no

hubiera, dado su último paso sobre punto tan trascendental, y por consiguiente se representaban a nosotros de entre los vivos al individuo en el cual se renuncian los rigores mas salientes y ostensibles de la muerte; hoy que la ciencia ha adelantado todo cuanto fuera de denar sobre este punto, fuerza es decirle aunque trabajoso, tenemos que lamentar alguno que otro caso y esto debido al descuido o negligencia, con que se llevan a cabo las prescripciones que la ciencia tiene dictadas, para impedir tan lamentables equivocaciones.

La prueba de que la duda sobre este punto siempre ha existido, la encontramos en las

5  
7  
tradicionales de Oriente; en efecto, de muy anti-  
guo es el practicar abluciones en el defecto y  
después de cubrirle de perfumes, exponerle a un  
calor gradualmente elevado, para que adquiriera  
movilidad sus articulaciones, se los invita, tenien-  
dolos así por espacio de siete días rodeado de  
los suyos que le honran, con sus bailes y cantos,  
y por último, se los da a beber en la copa an-  
tigua de sus padres, o mejor dicho se los lleva  
de líquidos antes de entregarlos a la hoguera o  
a la boa, según las costas.

No hace mucho tiempo se usó, y aun se cree  
por la generalidad, que para resolver si un suje-  
to está o no muerto, se haz necesidad de a-

tuense, à otros signos que aquellos que andan  
en posesion del vulgo y desde el momento en  
que las personas encargadas de la asistencia de  
un enfermo, vican en un habito exterior las seña-  
les para ellos inequivocas de la muerte, declara-  
ban su defuncion y se procedia à su enterramiento;  
mas ha llegado la ocasion en la qual es el mé-  
dico el encargado de reconocer el cadaver, para  
lo qual en algunos puntos se encuentra organi-  
zado el cuerpo de médicos del Registro civil; aun-  
ta la ciencia con muchos seguros para emitir un  
juicio cierto y sin embargo, lo que digo hace un  
momento hay necesidad de repetirlo, es decir, que  
aun las publicaciones actuales nos dan noticias

de declaraciones de defunciones cuando la muerte  
era solo aparente, o lo que aun espanta mas, de  
casos en los cuales se han enterrado individuos  
que aun existian, y esto debido a que el referido cam-  
po de medicos, no se encuentra en todas partes  
establecido y el que visita antes que expuere, a  
la purgante y desquadrada, aunque disculpable, cri-  
tica y mal recibimiento de las personas allegadas  
al sujeto muerto, o tal vez teniendo un brutal a-  
taque, privando de su misera, de suficiente valor  
a cualquiera que le anuncia la muerte del enfer-  
mo a quien asista, y la certificacion de la de-  
funcion queda expedida, arrojando todas las  
consuetudinas a que con aquel acto se hace obedir;

pero hablando con toda imparcialidad, no es del  
médico toda la culpa, pues que si observa en al-  
gunas ocasiones una conducta, es por que la soni-  
dad se lo exige, por que de todos es sabido que  
el cariño familiar, no se aviene, con que el médi-  
co no cure cuantas enfermedades se le presenten  
y siempre se encuentran dispuestos a culparle  
de falta de conocimientos para curar la enferme-  
dad; dicho se está con esto, qual será la actitud  
que observarian los parientes del finado, al ver en-  
trar en la estancia mortuoria, al para ellos cau-  
sa de la pérdida de una persona querida, de una  
madre tal vez; de todo lo qual se dignando, que  
si en las actuales circunstancias se cometen crí-



fuertes impresiones.

Abraamos las obras de Medicina legal que estan a nuestro alcance, oigamos a Fodrás, Leauisi, De vigne, Mota, Ovilla, Fanez, etc.; vease la obra de nuestro compatriota Barnades, las historias de Dionemus Cornario, la Revista médica francesa de 1833, las Esquimides de los curiosos de la naturaleza y por ultimo algunas publicaciones contemporáneas de que luego hare mención y no olvidemos de lo que hace un instante acabo de decir

Llegado es el momento de que cite algunos ejemplos, los cuales sirvan en apoyo de lo que en este momento trato de demostrar; pero antes

de entrar en este punto voy a trazar el método que  
he de seguir, para poder exponerlos con orden y de  
este modo se nos hagan mas fácilmente recordable,  
para ello me ocuparé: 1.<sup>o</sup> casos en los cuales los in-  
dividuos han sido reputados muertos, sin serlo en  
realidad; 2.<sup>o</sup> sujetos que una vez muertos o sucu-  
midos en el ataúd, han vuelto a la vida espontá-  
neamente o por auxilios prestados con oportuni-  
dad; 3.<sup>o</sup> enterrados vivos; y 4.<sup>o</sup> sujetos, que en la  
creencia de que su muerte era real, han sido heri-  
dos por la mano del director o del cirujano.

1.<sup>o</sup> Individuos que han sido reputados muertos sin serlo en rea-  
lidad: En las recopilaciones de casos llevadas a ca-  
bo por Brubier y publicados en 1740, nos encuentra:

nos con setenta y dos casos en los cuales la opi-  
nion emitida de la muerte de estos sujetos, habia  
sido errónea, y aunque Luis posee un duda, la au-  
tentidad de algunos de estos hechos, sin embargo,  
no pueden negarse en absoluto y hay que admi-  
tir que se han repetido con alguna gran frecuencia,  
de lo que a este comentador parece.

En el Diccionario de ciencias médicas de suscita-  
colimanes, se encuentra, consignado el hecho de que  
una niña huyó del hogar paterno; a los siete días  
de esta fuga, se la encontró en un bosque, en tal  
situación que todos la creyeron muerta; pero ob-  
servando que sus ojos aun tenían el brillo fisiológi-  
co y que sus miembros permanecian flexibles, se

pusieron en práctica ciertos medios con los cuales se volvió a la vida a aquella desgraciada, que á no habérsela examinado detenidamente, hubiera corrido la tristísima suerte de ser enterrada viva.

Otro caso de los que caen bajo el dominio de este primer grupo, es el siguiente: Milady Rowset esposa de un coronel de tropas inglesas, es declarada muerta por cuantos la rodeaban, su esposo, ciego por la desgracia que le afligía en aquellos momentos, al par que dominado por el amor que á su esposa profusaba, colocándose á la cabecera del lecho mortuario y provisto de una pistola, anegó saltar la tapa de los sesos al que intentara levantar en aquella estancia, negándose rotundamente

te á que fue enterada; así permaneció ocho días,  
en uno de los que recibió el primer de la mina de  
Inglaterra, al par que le aconsejaba cumplirse con  
las prescripciones religiosas; el fiel esposo tras de  
dar una contestación todo lo cortés que el caso requie-  
7 ra, se puso diciendo, que solo en el caso de que  
apareciera la putrefacción del cadáver, permitiría  
su enterramiento; pues bien, calculamos cual no  
fue la sorpresa del coronel, cuando al cabo de  
este tiempo y en el momento preciso en que  
resplandaban las campanas de una iglesia vecina,  
Harley volvió á la vida, después curó de su enfer-  
medad y gozó mas tarde de salud por espacio  
de doce á quince años, al cabo de los que su sucesor

te fué real.

David Hamilton, médico de la reina de la Gran Bretaña, estaba encargado de la asistencia de una mujer reina parida, cuyo ésto. en un estado tal que todos la tuvieron por muerta, a excepción de Hamilton, el cual después de aplicarle remedios durante tres días, consiguió volarla a la vida, y curarse de su enfermedad, mas no sé que este paciente médico tuviese que vencer los obstáculos que le presentaban, los que querian que el interinamiento se llevase a cabo cuanto antes.

Bonhave, nos refiere el caso de la hija de un holandés, que encontrábase sufriendo una calu-

tura epidémica, fue tenida por muerta, mas un  
segro la aplicó ciertos medicamentos, demostrando  
de al poco tiempo el error que habiam cometido  
los que tales presuncion habiam abrigado.

Si nos detuvimos un momento á consultar la  
Revista médica francesa y estrangera de M. Le-  
guen, nos encontraremos con que han recuperado  
de tres sujetos que tenidos por cadáveres, han  
vuelto á la vida, debiéndose esto á la práctica  
de los medios que la ciencia tiene aconsejados.

2.<sup>o</sup> Individuos que amortajados ó incerrados en el ataúd, han  
vuelto á la vida espontáneamente ó por auxilios oportunos. =

El Dr. Abate, en su magnífica obra de Medi-  
cina legal, cita el siguiente caso cuya veracidad

queda atestiguada, por Apuleyo, Cornelio Celso y Plinio el antiguo: Asclepiades de Prusa, á la vista del cadáver de un personaje romano que ha conducido á la juia, le pareció encontrar en su fisiognomía señales de vida, al efecto detuvo el funeral y consiguió despertar de un letargo á aquel individuo, conduciéndolo á ser quemado en vida.

Anato Sunitano, nos dá cuenta de que un médico de doña Isabel la Católica, devolvió la vida á un enfermo que él creía y que ya le habian puesto por vía de mortaja, un hábito de San Francisco.

No hace muchos años se publicó en los periódicos políticos el siguiente caso; una niña, fué tenida



por muerte, se la puso en el ataúd y llevada al  
cementerio donde se la dejó depositada; cuando vol-  
vieron, para enterrarla tal vez, pusieron presencia  
con espanto, al ver que con alegría, que la niña  
estaba sentada junto al ataúd, jugando con las  
flores de la corona con que la habían adornado.

Rigodeaux a la vista de una mujer que estau-  
do de parto fue creída muerta, la hizo quitar la  
mortaja y verificó la operación cesárea, extrajo una  
criatura muerta tambien, mas recarga a las cir-  
cunstancias la iriguen con vino caliente, con lo qual  
al poco tiempo dá señales de vida y por último  
se salva; vuelve a la madre la que muerta  
por segunda vez amortajada, la inspecciona y

à peur de que la jizga cadaver, u estraña de que  
exista flexibilidad en los miembros, por lo que la  
manta desnuda y deja dicho u la golpeen las  
manos, u las frote con vinagre y agua de la rima  
de Hungría, así como la nariz, los ojos y cara,  
sin sacarla de la cama. mientras no aparezca  
rigidez. A las dos horas de salir Rigochaux de  
la casa de la difunta, situada en las cercanías de  
Douai, tanto la criatura como la madre goza-  
ban de vida, y en Agosto del 1848 de salud, aun-  
que está relativa por parte de la madre, pues que-  
do' parálitica y sordo-muda.

3.º Individuos que han sido enterrados en vida:

La mayoría de los autores, nos hablan de dos perso-

nagos romanos, Valerio Scilio Aniola, pretor y el consul  
Lucio Canina, los cuales tenidos por muertos fue-  
ron arrojados a la pira; Valerio Máximo, escritor  
historiador, asegura que estos infelices pronunciaron  
su grito en el mismo momento que las llamas de  
la hoguera consumian sus carnes.

Vengamos a época mas reciente y veremos que tan-  
to España como Italia, sus reyes que Francisco  
Civile, gentil hombre normando del tiempo de  
Luis XI se calificaba, en sus títulos de "tres veces  
muerto, tres veces enterrado y tres veces resucitado  
por la gracia de Dios"

Tanto Saguar de Reyes, como Dionisio Comario,  
nos dan cuenta de una señora de Madrid de la

ilustre familia de Baso; se encontraba de frente, este a su hijo distendido y acabó en unti de los que la rodeaban con la existencia de esta mujer sin que el parto hubiese tenido lugar, fue enterrada en aquel estado, mas a los pocos meses abrieron la sepultura y con gran sorpresa de los que presenciaban esta maniobra, encontraron que el cadáver de la referida señora sostenía en sus brazos el de un feto; de lo cual se desprende que esta desgraciada madre, indubablemente volvió a la vida y parió por su propia madre e hijo en recinto tan recubierto...

Actualmente en el numero 28 de La prensa méridica, periódico que se publica en Granada, se lee lo que a continuación transcribo.

5  
" La señora Mari Meyer, en New-Jersey, fué atacada de una fiebre y dada por muerta. Algunos de los amigos que asistieron al funeral, notaron que la fisonomía de la Sra. Meyer después de colocada en el ataúd, conservaba todo el buen color que la distinguía en vida, y se hicieron sobre ello varios comentarios."

9  
" Dos o tres días después, una hija de la difunta despertó muy sobresaltada, diciendo a la familia que toda la noche había soñado con su madre y que ésta la llamaba sin cesar pidiendo auxilio. Para calmar el sobresalto de la hija se procedió a examinar el cadáver, y mal se uria el honor de la familia al encontrarse que el cuerpo estaba vital."

to boca abajo y que en los esfuerzos por cambios de posición, se había la desgraciada madre, arrancado por completo una de las uñas . . . . .”

Fujó nos refiere el caso de un escribano de Ponce, el cual una vez enterrado, al día siguiente se encontró su lápida removida, abrióse la sepultura, y pudo verse el cadáver de aquel hombre labrado y apoyado uno de los hombros en abismos de freijas.

Chouret, decano que fui de la facultad de Medicina de París, asegura que en el cementerio de los Incurables había, muchos que fueron enterrados en vida, fundándose para ello en que observó cadáveres y esqueletos en posiciones variadas que diferían

de las su que se acostumbra, colocarles.

En 1821 al extraer los cadáveres del antiguo cemente-  
rio de Pecos, con objeto de trasladarlos al otro la-  
do de una ruina, llamada del Posmio, se pudo  
en el cadáver de una mujer el cual tenía las  
manos clavadas en el pecho, la lengua cogida en-  
tre los dientes y por último colocada en una po-  
sición tal, que indicaba claramente la muerte que  
había seguido á aquella infeliz;

Presumo el ánimo con lo que acabo de de-  
cir, si nos fuera posible exhumar todos los ca-  
dáveres de los cementerios, veríamos en real lo  
que el Dr. Hata han presunir con su lamen-  
tación que dice así; "muchos cadáveres encontra-

rimos con evidentes señales de haber sido enterra-  
dos vivos los sujetos á quienes pertenecieron!"  
mas no es necesario que nos echemos en bra-  
gos de la suposicion, pongamos al lado de los  
casos citados y de otros muchos que pudiéramos  
citar, los abusos que se han cometido durante  
las grandes epidemias, sacando de las casas á  
individuos que aun no han dejado de existir y  
se comprenderá cuán fundados son nuestros te-  
mores acerca de este punto.

Es llegado el momento de que me ocupe del úl-  
timo de los grupos en que he clasificado esta mes-  
tiza y que dice así:

1<sup>o</sup> = Sujetos que creidos muertos han sido heridos



por la mano del cirujano ó del Director.

Ante todo debo decir que la desgracia atribuida á Vivaldi es completamente falsa, pues he tenido ocasión de consultar la memoria de Bouchut, en la cual dice que si este hecho fuera cierta historia, consignado en la Historia crítica de la Inquisición, y Florentine que lo ha buscado con gran interés, dice, no ha encontrado nada que con este hecho se relacione, aparte de otras pruebas que u pudieran presentarse.

Winkler nos dá cuenta de un cirujano el cual vio con espanto que en el momento en que injirió una gran herida á un tuído por cadáver, éste recuperó la vida para perderla inmediatamente, pues la

huida sea mortal de necesidad.

Brueker nos cita dos casos parecidos, en los cuales los sujetos dieron señales de vida, en el preciso instante de abrirles el cráneo.

Quo con lo dicho haber demostrado infuntemente, que solo en el caso en el cual el médico se ha situado a la cabecera del individuo que deja de existir y después de haber examinado a éste, hasta en sus mas pequeños detalles, se cuando de un modo evidente y con la mayor tranquilidad puede emitir un juicio que en todas las demás condiciones es aventurado y falaz.

Terminado este punto, toca me examinar los distintos signos por los cuales nos cerciora-

nos si la muerte es real o aparente, dando a cada uno el valor que le corresponde y al mismo tiempo citando los estados morbidos en los cuales se pueden presentar; al hacer este estudio tenemos que hacer una division, atribuyendo a su categoria para facilitar de este modo su comprension.

La division mas apropiada que podemos presentar de los signos de la muerte real, es la que hoy se sigue en las obras de Medicina legal, o sea la de formar dos grupos, presentando en el primero, los ciertos o inequivocos y en el segundo los dudosos o probables.

Entre los signos ciertos de la muerte colocaremos: La cesacion definitiva de los latidos cardiacos.

cos = La rigidez, o tisma. sabavénica = La falta.  
de contracciones musculares bajo el influjo del  
galvanismo. = La putrefacción. A estos cuatro que  
podríamos llamar los clásicos, se han añadido  
recientemente otros, de los cuales haré mención mas  
adelante.

Cesacion de los latidos cardiacos = En la Academia de  
ciencias de Paris se leyeron, en el año 1846, seis  
memorias que versaban, sobre diferencias que existi-  
tan entre la muerte real y aparente y signos  
por los cuales ésta se podia manifestar; de  
entre todas ellas la que mereció la preferencia  
y el premio que la Academia concedia, fue la  
de M. Boudinot, en ella dejó sentado; que si aus

cultando el corazón por espacio de seis segundos, no se paraban los latidos cardiacos, el individuo está muerto.

11 La por este solo descubrimiento se comprende, lo notable que seria un trabajo y lo mundo que debemos a tan esclarecido ingenio, el cual después de leer su memoria la sometió a la comprobacion de la Academia, y al efecto, Duvicril, Audouin, Maguendie, Serres y Rayer, empezaron por repetir los experimentos en que Boudin se fundaba, y no solo vieron eran verdaderos, si no que tambien añadieron, nuevos a los que el referido autor citaba. Constataron algunos animales a la accion de mezclas frigorificas que bajaban enormemente la temperatura, produgi-

con la afixia, estrangulando otros, sangraban  
algunos colocándose en un estado extremo de incoope,  
mueren otros con curare, digitalina o alcohol, y  
después de estos experimentos y otros muchos que  
podría citar, vino que si por muy pronto que  
que pariera el animal, en aquel se dejaban es-  
tudiar los latidos cardiacos por débiles que fueran,  
podian devolverles la vida, lo cual no podian con-  
seguir por ningun medio en aquellos casos en los  
cuales transcurian seis segundos durante los que  
no se percibian el tic tac, o el toc toc. De estos  
experimentos dedujo la Academia de acuerdo con  
Boudant, que auscultando en un sujeto en  
todos aquellos puntos en que, normal o anormal-

1 muerte se puede encontrar el corazón, y que si esta  
auscultación se verifica por espacio de cinco minu-  
tos ó lo que es lo mismo, cincuenta veces más del  
tiempo necesario y durante ellos no se percibe  
ningun latido cardíaco, tenemos sobrados moti-  
vos para asegurar que el individuo ha fallecido,  
ó lo que es lo mismo, que su muerte es real.

El valor de este signo es indiscutible, aparte de  
la seguridad que da á nuestro juicio, por que  
es susceptible de buscarse en cualquiera época de  
la muerte, sin que tengamos que esperar para  
verificarlo á la aparición de otros que han  
de aparecer en época posterior.

Sin embargo, no por eso se ha librado de él.

quas obquies, figurando entre las principales  
las siguientes; Stokes asegura que en el tefas p-  
on de Irlanda no se perciben los latidos cardia-  
cos con la mano, en lo cual han creido encontrar  
un motivo para objetar á la exactitud del sig-  
no que tratamos, pero fijámonos bien que este  
autor está muy lejos de asegurar que desapare-  
zcan á la auscultacion, lo que si dice es que  
se oyese; otros presentan como un hecho los  
casos de vuelta á la vida de sujetos en los que  
no latia el corazon, mas á poco que reflexio-  
mos se comprende que esa sensacion era ave-  
riguada por el tacto pero no con el oido; no  
ha faltado quien asegura que en aquellos casos



en los que existe un derrame pericardíaco consi-  
derable, el corazón encontrándose muy distante de  
las paredes torácicas no deja oír sus latidos, lo  
cual no para de ser una presunción, pues por  
grande que sea un derrame, podrá ocurrir que  
nunca se espandirá á que sean investigables; ade-  
mas que solo por el hecho de existir un derrame  
el médico tomará precauciones y hará la obser-  
vacion con mucho mas numero oíllando de este  
modo las dificultades que se le pudieran presentar.

La única obsequio que parece tener algun  
peso es la que presenta el redactor de la Gaceta  
de los Hospitales, el cual dice que el corazón  
en lugar de encontrarse de un modo bueno puede

haurlo de seu modo circuncular y por consiguien-  
te sus latidos haurne casi imperceptibles al oido  
del observador; este caso, esta' indicando que no de-  
saparecen y ademas en los casos en que pudiera  
existir duda con este signo aislado, firmemente  
nos podemos auxiliar de los demas, en cuyo es-  
tudio voy a entrar para desenvolverle.

De lo dicho se deduce, que a la vista de un ca-  
daver procedemos a auscultarle en la region  
precordial, despues en distintos puntos del torax  
y aun del abdomen, provistos o no del estetos-  
copio, obligando a que exista el silencio mas ab-  
soluta en los circunstancias y si transcuridos cin-  
co minutos no hemos podido apreciar los latidos

cardíacos, vemos que el sujeto no respira y permanece inmóvil, auguramos que ha dejado de existir, si por el contrario se promueve la menor respiración, no tendremos inconveniente alguno en repetir cuanto vemos creemos oportuno el proceder exploratorio.

Rigidez cordeóverica, = Es un estado de tensión que adquiere el cadáver, que puede ser tan aumentada que al intentar levantarlo de los pies, parezca todo convertido en una sola pieza desprovista de articulaciones; además los músculos se dibujan bajo la piel y al tacto se puede apreciar que su consistencia ha aumentado; si en este momento cortáramos los ligamentos y cápsulas

sinoviales, la rigidez, continua, ocurriendo la contra-  
rio si dejando íntegros los elementos articulares  
seccionamos los músculos, lo cual quiere decir  
que los órganos en los cuales se manifiesta la  
rigidez es en estos últimos.

No es de nuestro objeto agitar la cuestión de si  
es la contractilidad o la falta de calor, la causa  
de que la rigidez se presente, por lo que pasando  
de ellas para ocuparnos de otros puntos de ma-  
yor interés.

Es muy variable la época de aparición de este  
fenómeno, si un modo general puede decirse que  
se presenta al poco tiempo de ocurrir el uge-  
to, pero esto está subordinado a muchas causas,

que ya pueden depender del individuo mismo o ya de los medios que le rodean y principalmente de la atmósfera en que se encuentra colocado, así vemos que en los que mueren á consecuencia de enfermedades consuetas y de larga duración, como igualmente en los viejos, la aparición de la rigidez se verifica con mas prontitud que en aquellos sujetos á los cuales sorprende la muerte en medio de la salud mas lozana; además de todo es sabido que ciertos inconvenientes retardan considerablemente la presentación del signo que tratamos.

Existen haciendo estudios acerca de las partes del cuerpo que primero son atacadas de la,

rigidez, dice; que las primeras regiones en que a-  
parece son en las del tronco y cuello, siguen á es-  
tas las extremidades inferiores y por último apa-  
rece en las superiores, para ir desapareciendo en  
la misma forma; no damos gran importancia  
á estas observaciones, por que la experiencia de-  
muestra que la aparición de este fenómeno no  
está sujeta á ley niudo por el contrario muy  
variable en el modo y sitio en que se inicia.

Quanto acabamos de decir es aplicable  
á la duración, en efecto ésta tambien se halla  
modificada por infinitas circunstancias, mas si  
pecar de todo podemos sacar de un modo gene-  
ral que cuanto mas tarda en presentarse, tanto

mas tarda en desaparecer, ejerciendo una influencia marcadísima la temperatura del ambiente que rodea al cadáver y siempre se ha mirado como cosa cierta, que en una atmosfera fria y seca la rigidez persiste por mas tiempo que si aquella es caliente y húmeda.

A la vista de la constancia de este fenómeno no solo en el hombre si no en todos los animales, no puede menos de aceptarse este igual como uno de los que dan certeza de la muerte, pero no por eso ha faltado quien diga esta<sup>2</sup> suposición a error. En efecto el célebre Bidart a la vista de un envenenado por el óxido de carbono y en el cual no observó la rigidez,

dedujo que esta podía faltar, quitándole por  
consecuencia todo el valor que nosotros le asigna-  
mos; pero una reflexión es suficiente para  
explicarnos lo que probablemente ocurrió a Pi-  
chat. Sabemos que el óxido de carbono es uno  
de los venenos que retarda considerablemente la  
aparición de la rigidez, y por consecuencia, él  
lo observaría antes que aquella se presenta-  
ra, mas no podemos concluir con él que fal-  
tara en aquel caso.

Puesto que es riguroso cierto y el que tendre-  
mos que recurrir, distingámonos este fenóme-  
no de otro muy parecido que se presenta  
en la contracción espasmódica y en la congelación;



el proceder para llevar a cabo esta distinción es  
muy sencillo, cogido el miembro superior o inferior  
y suponiendo que éste se encuentra en flexión, ha-  
ciendo un esfuerzo vencemos la resistencia; si el miem-  
bro queda en extensión la rigidez era cadavérica, mien-  
tras que será espasmódica o tetánica si recupera  
la posición que primitivamente tenía. En a-  
quel caso en el que la rigidez es debida a la con-  
gelación, al intentar poner en extensión o en  
flexión un miembro, oímos un ruido particular  
muy semejante al que percibimos al doblar  
una barra de hierro, debido esto sin duda a la  
rotura de los cristallitos que se forman en el  
interior de las anclas del tejido celular, lo que

no se presenta al forzar la posición de un miembro afeto de la rigidez cadavérica; por último para empujarnos mas, recurrimos al medio antes citado y vemos que tanto en el espasmo como en la congelación persisten los latidos en díasos.

"Falta de contracciones musculares bajo el influjo del galvanismo." Este signo que con razón se cita como signo de la muerte, está fundado en un hecho evidentemente fisiológico; en efecto la propiedad vital que caracteriza al músculo es la contractilidad, si un músculo recientemente separado de un animal vivo lo sometemos al influjo de ciertas excitaciones mecánicas, tales como pellizcamiento -

tos, descargas eléctricas o corrientes galvánicas, el  
órgano en cuestión, lo vemos contraerse de un  
modo unijunto al como lo verifica bajo el  
influjo de la voluntad; de lo cual se deduce,  
que siempre que los músculos de un individuo  
no sean excitables o lo que es lo mismo no se  
contraigan por la acción de una corriente gal-  
vánica, podemos decir que la muerte es real,  
mas tengase muy en cuenta que si pesar de  
morir el individuo persiste esta propiedad con-  
tractil por un tiempo mas o menos largo y  
que solo desaparece con la presentación de  
otro de los signos de que ya me ocupé, es de-  
cir, con el de la rigidez cadavérica. Entónces no

hay excitacion por fuerte que la proporcioneemos  
que sea capaz de despertar la mas pequeña  
sensal de contractibilidad; de lo cual se desprende  
que no siempre es ocasion oportuna para dar á  
este signo el valor que le corresponde, pues si en el  
sujeto que experimentamos no se ha presentado  
la rigidez, los músculos se contraerán y no  
por eso podemos concluir que el sujeto está vivo

Si me propusiere hacer un estudio deteni-  
do de los músculos en que mas pronto desapare-  
ce su propiedad vital, citaria los experimentos  
y conclusiones llevados á cabo por Bichat y  
Hister, pero atendiendo á que no es de nues-  
tro objeto descender á estos detalles y considerando

que las observaciones de los repetidos experimen-  
tos no estan basadas en suficiente número  
de hechos para deducir de ellas conclusiones  
seguras, hago abstraccion de ellas y inicianmen-  
te dire que los musculos de la vida animal son  
18. excitables por mas tiempo que los de la vida  
organica.

Lo que acabo de decir con respecto a este punto  
es aplicable a las cuestiones que hoy se agitan  
de la influencia que pueden tener ciertos vici-  
nos, y algunas enfermedades en la duracion  
de la contractibilidad, siendo lo prudente man-  
tenernos en la duda puesto que las conclusio-  
nes referentes a estos puntos son contradicto-

rias, por haberse fundado en leyes falsas.

La manera de poner en práctica este proceder in-  
sagatorio es el siguiente: en un punto cualquiera  
de un miembro, se hace una pequeña incision  
con un escalpelo, pero procurando que recaiga  
en una region, en donde no pueda traer con-  
secuencias desagradables, caso de que el sujeto se ha-  
lle en un estado de muerte aparente, valiendonos de  
un instrumento muy agudo lo introducimos por  
la abertura practicada y hacemos varios picotidos,  
en el miembro, o valiendonos de la electricidad o  
del galvanismo, hacemos sobre el una descarga  
o lo sometemos a una corriente. Tal es la efi-  
cacia de este medio, que si lo aplicamos en un

muerto aparentemente muerto o en otro que realmente lo esté, pero en el cual la rigidez no se haya presentado, no puede el experimentador por medios de respirarse, a la vista de las contracciones que se supintan; si por el contrario la muerte es real y aguardamos a que la ténura haya pasado, el músculo permanece inmovil.

Del estudio que hemos hecho de este signo, se deduce que es bueno y digno de utilizarse, pero tiene el inconveniente de no poderse aplicar si no transcurrido el tiempo que ya dije con signado

Putrefacción. = Ya hemos dicho al principio que

Desde el momento en el cual el individuo muere,  
queda sometido á las leyes físico-químicas que  
rigen á la materia, no hay ni un solo fenómeno  
vital, todo son reacciones; los sólidos se  
ablandan y disgregan, los líquidos se mezclan  
y descomponen, se desarrollan de un modo ver-  
daderamente prodigioso gases cuyo olor es hasta  
insuportable, en una palabra, se verifica un tran-  
scurso tal que ni aun á los animales inferiores  
es desconocido, pues vemos que las aves se apor-  
suran á recuerras del nido á alguno de ellos  
que habiendo muerto, puede comprometer con su  
proximidad la salud de sus hijuelos. Es pues un  
signo cierto de muerte.



Los caracteres por los cuales la putrefaccion se re-  
conoce en un primer periodo son varios, pero no-  
otros nos fijaremos en los mas salientes, pues-  
to que los detalles de aparicion, orden y suce-  
sion de fenomenos, corresponden mas bien al re-  
conocimiento de la fides de los cadaveres. Los  
que prontamente deben llamar nuestra aten-  
cion son tres: coloracion azulada, verdosa o ne-  
gra; reblandecimiento de los tejidos y formacion  
de gases con desprendimiento de un olor parti-  
cular.

A la vista de estos caracteres tan salientes, pa-  
rece no debiera dudarse un momento de que es  
la putrefaccion la que presenciemos y sin

embargo, algunos de estos pueden presentarse, en ciertos estados patológicos, a la vista de los cuales nuestro reconocimiento tiene que ser mas minucioso y detenido. Los estados a que me refiero son la contusión y la gangrena; en la primera se presenta el color azul violado o negrozco, en la segunda hay destrucción de tejidos y olor fétido. Descendamos a detalles y veremos con que facilidad quedan deslucidos los caracteres que a una, y a otra pertenecen.

El olor de la gangrena es tan característico, que a muy poco que se percibe una olencia sabemos si existe algun supuro atacado de la referida supuración, tal es la impresión que en nuestro olfato

produce, muy distinto del que se produce, al estar  
en un depósito o en nuestros anfiteatros de eli-  
cación, donde las preparaciones quedan expuestas  
al aire por algunos días.

La mancha que aparece en el cadáver descompues-  
to progresa en superficie y profundidad de un mo-  
do incesante, mientras que la gangrena tiene un  
límite de circunscripción y un punto de partida.

En el sitio en que se manifiesta la putrefacción  
no ha habido un trabajo patológico anterior, mien-  
tras que este dato lo adquirimos de un modo a-  
firmativo cuando lo que examinamos es la gan-  
grena.

Para distinguir la existencia de la putrefacción

no necesitamos recurrir á tantos caracteres, pues es suficiente recordar que en la estacion no hay desarrollo de gases olorosos y que la coloracion del equinosis es blanca ó un rojo pálido y estacionaria, mientras que caracter de la putrefaccion es, un incesante progreso hasta destruirlo todo.

Vease pues que ni una ni otra se pueden confundir con el riguo que analizamos, y solo en aquellos casos en los que la gangrena afecta todo un miembro ó se hubiere presentado ésta en el centro de un grande equinosis, tendria mas parecido con la putrefaccion, pero los caracteres ya consignados y el ver presentarse las manchas en

muchos puntos á la vez, Suavenciarán nuestros  
dudas.

No es razonable, el que autores respetables hayan  
puesto en duda el valor del signo de que me ocu-  
po, diciendo que la putridiz es un fenómeno suscep-  
tible de presentarse en vida, confundiendo lamenta-  
blemente la gangrena con un fenómeno carba-  
vicio y aun están mas satisfechos de funda-  
mento aquellos otros, que han querido costear  
que ha habido casos, de vuelta á la vida de ca-  
dáveres de sujetos en los cuales la putrefacción  
se había presentado.

En la aparición de este signo, egresen una mas  
cada influencia el clima, las estaciones, el estado

de humedad del aire, la humedad que haya motivado la muerte, el medio en que se encuentra el cadáver, circunstancias todas en las que se ha fijado por suertemente Orfila, al que debemos un número de observaciones llevadas á cabo con la paciencia que caracteriza á dicho autor.

La putrefacción pues, es un signo cierto de la muerte, al que siempre se ha recurrido, es un fenómeno que no puede faltar pues se halla fundado en una ley de la naturaleza.

Antes de pasar al estudio de los signos ciertos, haré una ligera reseña de otros dos que se han propuesto en estos últimos años y que con los siguientes: El Dr. Hoarau, en una memoria publicada

han pocos meses, fundándose en que la absorcion y  
eliminacion estan suspendidas en el cadaver, propone  
un metodo exploratorio que él llama de las pesadas,  
aconseja hacer una inyeccion de agua albuminosa  
ya por el ano o bien por la boca, con anterioridad  
ha sido pesado el cadaver, y si trascurridas veinticuero  
o treinta horas se vuelve a pesar el sujeto y no  
encontramos con el peso anterior mas el de la inyec-  
cion, la muerte es real, por que no ha habido ab-  
sorcion ni eliminacion durante este tiempo.

El medio como se ve es ingenioso, pero de dificil  
aplicacion, tarde en resultados e inseguro pues  
se ha olvidado indudablemente el Dr. Hoaran que  
hay cadáveres que sudan

El Dr. Monteverdi recurre, para asegurarse de la realidad de la muerte a las inyecciones subcutáneas de anisaco, dice que si aquella se aparece se presenta en la piel unos manchas de color rojo vinjetatoso, mientras que el que adquiere el punto de la inyección en el cadáver es de piel viva; aconseja a su vez este medio a los cinco horas de haber fallecido el sujeto.

Aunque parece un buen medio por lo sencillo, sin embargo no lleva ninguna ventaja a otros que dejamos consignados.

Lo que hasta aquí hemos hecho con los signos ciertos, haremos en adelante con los dudosos, les asignaremos, si bien de un modo coniso atribuyendo



a su cierto número, el verdadero valor que tengan  
y al mismo tiempo exponeremos las infiriedades  
en que puedan presentarse, demostrando con esto mis-  
mo lo cierto de su calificación.

15  
Validez. Este es un signo cuyo valor es muy insigni-  
ficante, pues se presenta no solo en el estado de  
muerte aparente y en enfermedades infernales, si-  
no que también aun en el estado fisiológico bajo  
la influencia de cualquier impresión moral, ade-  
más la validez no siempre es estricta en el cada-  
ver, pudiéndose observar que es menos acentuada  
en algunos casos, presentándose en otros el valor  
violado.

Inmovilidad. Si ninguno es el signo de que antes nos

enfriamos, mas es el que acabo de nombrar, en efecto este fenómeno lo encontramos en el período de colapso de la epilepsia, en la asfixia, apoplejia etc

Frialdad. A primera vista parece como que este fenómeno puede tener alguna importancia, pero pensamos en que los asfixiados por el frio son susceptibles de volver a la vida y sin embargo este signo es en ellos constante; otro tanto podríamos decir de los individuos que han llegado al último período del cólera, en los cuales la frialdad es mas morosa, de todo lo que se desprende que si este fenómeno tiene algun valor es cuando se le asocian otros pero nunca aislado podrá sacarnos de dudas.

Car. hyperostica ó cadavérica. Esta pues es muy caracte-  
rística en la mayoría de los fuídos y digo en la  
mayoría, por que en los individuos que mueren por  
accidente no se presenta, lo cual quiere decir que  
es la supresión anterior la que impide en re-  
llo á la fijación, además en el último periodo  
de todas las enfermedades consecutivas, se presenta  
de igual modo, tal ocurre con el cólera, la fiebre  
adánica y la tífica, lo cual está demostrando  
que como signo aislado no tiene valor absoluto.

Opacamiento de los ojos. Aunque Louis lo consideraba  
como signo cierto de la muerte, si nos fijamos en  
que no es constante en todos los cadáveres y en que  
aparece en el último periodo de muchas enfermedades,

se comprenderá lo erróneo de la opinión de este obser-  
vador.

Todo glutinoso de la córnea = No parece ser que el Dr. Ma-  
ta lo descubrió como signo cierto, sin embargo invita  
a los observadores al estudio para ver si se presenta  
en muchas enfermedades, pues D'Arvergne asegura que  
lo observó una vez en un niño antes de su muerte,  
mientras que Bonadei lo observó en un conge-  
lado que volvió a la vida, hechos ambos que  
quitan valor al citado signo como igualmente  
al que se funda en la falta de la imagen de  
la llama en los ojos.

Mancha necrotica. Respecto a este signo, diremos que  
aparece en época muy tardía, indicando su princi-

pio de descomposicion del cadaver, lo cual le quita  
toda la importancia que le atribuia Bardes, pues su-  
tes que el apoplejico ya contamos con otros signos  
mas seguros de la muerte, queda para colocarlo en  
el grupo de los muertos

19 Inercia de la mandibula: Es tan falaz este signo, que  
me meo dignurabo ocuparme de el.

Cesacion de la respiracion y circulacion: Cuando aun no  
se conocia el proceder de Boudhuot u asignaba a  
estos fenomenos un gran valor, pero ya sabemos  
que la respiracion puede quedar suspendida por  
un tiempo mas o menos largo como sucede  
en la asfixia y al cabo de este tiempo el indi-  
viduo volven a la vida, en el sincopa u asupen.

de el pulso y el latido cardiaco, al tacto, pero no  
a la auscultacion, lo cual prueba que la san-  
gre circula aunque con una lentitud, ya puede  
deducirse lo dudoso que son estos dos signos. Ser-  
viendose en importancia el saber que hay ulti-  
mos que voluntariamente pueden comprender los late-  
dos cardiacos y no ser reconocidos al tacto, ejemplos de  
ellox lo tenemos en el caso tan conocido del coronel  
Fokushou, y en las citas de Hales

Las incisiones en la piel no dan sangre. Aunque lo di-  
cho es una verdad, no lo es menos que hay es-  
tados en los cuales ocurre esto mismo, tales co-  
mo el icterice, ciertas formas de viruela, y aun  
en individuos que se encuentran cobrizos por

el aspecto.

Falta de sudor provincial y general. Presupuesto de este signo solo diez que basta leer las observaciones que trae el Dr. Mata sobre muchos ciertos de cadáveres, que siendo en su realidad, fueron afectados de sudores mas o menos abundantes, para sustraer el poco valor que dicho fenómeno tiene.

A mas de los signos que llevo descritos, se pueden citar otros de menor importancia, tales como la relajacion de los esfínteres, la pérdida de transparencia de la mano y el dedo de que en la mayoria de los finados se observa el dedo pulgar escondido debajo de los demás dedos.

Quemaduras: Se propuso en un tiempo este agua como uno de los que daban mas seguridad para distinguir la muerte real de la aparente, pues decian que cuando habia vida se formaba una ampolla llena de uricidas. Quiriendo Sr. Luriet ensayar el experimento, lo puso en práctica y observó que si havia poco tiempo que el sujeto habia muerto, la referida ampolla se formaba como en el vivo lo cual le hizo perder mucho del concepto en que se le habia tomado; sin embargo el Dr. Chamber ha demostrado que existe una diferencia marcada en la cantidad y calidad de la uricidas que la ampolla encierra, segun que esté hecha en el vivo o en el cadaver.



20. Otro signo que como el anterior parece de valor  
mas positivo es el propuesto por el D.<sup>o</sup> Martenot  
de Cordono y Guejraze; consiste este en poner  
la llama de una vela a medio centimetro de dis-  
tancia de la piel y por espacio de dos segundos,  
si el sujeto está muerto se forma inmediatamente  
una vesicula aerea, el hecho es constante, mas  
tenemos presente que el experimento en cuestion  
se debe poner en practica cuando haya pasado  
algun tiempo de la difusion, solo por este medio,  
pierde algun valor el referido fenomeno por que  
para entonces hemos podido aplicar la sus-  
cultacion, medio mas seguro, sencillo y que evita  
el tener que llevar a cabo manobras en el ca-

dava que no siempre son miradas con indiferencia por los circunstantes.

De los medios y aguas ya dichos, añadiré otro que se han propuesto pero que tienen muy escaso valor, tal ocurre por ejemplo con la colocacion de un espejo delante de la boca y nariz, para ver si se sujeta, la de un vaso lleno de agua sobre el pecho, el de la aplicacion de vitantes a la piel y mucosas, hechos todos que pueden inducir a error.

Por último, actualmente el Dr. Joll de Londres dice que si en el presente caso se ha hecho un compromiso en las incisiones en el globo ocular y el iris está flácido, toma la pupila una forma oval lo cual es

suficiente para asegurar la realidad de la muerte,  
cosa que dice no ocurre en la muerte aparente  
o no encontrarse este estado muy espagado  
La manera de terminar su proposición el referi-  
do autor, nos ahorra de hacer la crítica de este  
medio y debe luego lo sucedamos.

De lo que acabo de decir en relación a los  
signos de la muerte, se desprende que el  
que merece la preferencia a todos por los ce-  
guros de sus resultados, facilidad de aplicarlo y  
oportunidad de su empleo, es el proceder de Prou-  
dhut, o sea la auscultación del corazón y si  
todos los signos que hemos estudiado los tene-  
mos presentes es por que tratándose el punto

tan delicado, nos quedan servir de medios auxilia-  
res para augurar mas el juicio que formemos  
a la vista de un cadaver.

---

Presumiendo pues lo dicho y para abarcar bajo  
un solo punto de vista todo lo concerniente a la  
cuestion que trato dire:

1.<sup>o</sup> Que es necesario a toda costa evitar se repi-  
tan los casos de error tratándose de muertes apa-  
rentes, ya estableciendo el cuerpo de médicos del  
Registro civil, construyendo casas mortuorias, o necro-  
cosmos, encargando a los médicos forenses el recono-  
cimiento de cadáveres, o ya por último convencien-  
do a la sociedad por medio de la ilustracion de

los perjuicios que podría traer el obivio de este precepto, esperando que llegue el día en que las familias soliciten la presencia del médico en casa del finado á ejemplo con su última misiva.

21  
2.<sup>o</sup> Debe á pesar de existir multitud de datos por los cuales se puede asegurar que un sujeto ha dejado de existir, y como importa no perder tiempo para librarle de la muerte caso de que aquella no fuese real, nuestra conducta será la de auscultarle en primer término la región precordial, y aquellos puntos en que anormalmente pueda estar colocado el corazón, si esta auscultación se sostiene por cinco minutos, durante los cuales no hemos podido percibir el tic tac ó el tal tal, asegurare-

nos que la muerte del individuo es real, juicio  
que debemos ver como confirmado por la rigidez y en  
último extremo por la putrefacción.

Vuez pues el gran adelanto con que hoy cuenta la  
ciencia, que tanto honra a Boudant y que le  
ha hecho de memoria imperecedera, no solo a  
los ojos de aquella si no a los de toda la hu-  
manidad.

He terminado Excmo. Sr. mi pobre trabajo,  
ahora mas que nunca necesito de vuestra indul-  
gencia y os volveré a repetir lo que al prin-  
cipio os dije, no miréis la forma en que es-  
tán concebidas mis mal perjuradas líneas ni  
mis mal hilvanados pensamientos, fijaos solo

en la intension que me ha guiado al agitar cues-  
tion tan fácil para vosotros, como difícil para mi

Señor dicho.

Juan de Dios Quiñones Garcia

Leida ante el tribunal el 29 de junio

de 1861

El Sr

Franco Luchana

Madrid - Junio - 1861.





